

Óscar Tusquets, arquitecto

“Yo también creía que era ateo”

Núria Navarro



LA ENTREVISTA

Este arquitecto infinito dice que en las cosas trascendentes se cambia poquísimo. Si acaso ahora cree en un Dios que todo lo ve... Y que aprobará el plan urbanístico de Diagonal Mar, la orla del ensanche, en el que hay un trozo del genio creador de Tusquets.

—¿La arquitectura es usted?

—(Ríe) A mí me gustan muchas otras cosas. Estoy rodeado de gente que sólo lee libros de arquitectura, va a congresos de arquitectura... Pienso que los arquitectos no hacen buenos restaurantes porque no les gusta lo suficiente comer... Aunque todo lo veo a través de los ojos de un arquitecto.

—¿Cómo es esa mirada?

—Una mirada curiosa.

—Que no se harta nunca.

—¡Hombre, sí! Me enferma la tolerancia respecto a los intolerantes.

—Me refería a la arquitectura.

—Yo también. Digamos que la mía es una mirada atemporal. Siempre explico que cuando a Dalí le preguntaban: “¿Qué hay de nuevo?”, él respondía: “Veíáñez”. Pues cuando digo que el edificio que más me interesa es el Panteón de Roma, hay gente que lo toma como una *boutade*, y va en serio.

—Dicen que es un posmoderno sin mala conciencia de serlo. ¿Abjura de la definición?

—No acostumbro a abjurar de casi nada. Pienso que muchas de las cosas que descubrió la arquitectura posmoderna, como la falta de respeto por la modernidad ortodoxa, continúan siendo vigentes.

—¿Será posmoderno ese rascacielos de viviendas que proyecta para Diagonal Mar?

—Hace mucho que trabajo en Diagonal Mar. Y lo primero que hice fue intentar convencer a los proyectistas que hacían el centro comercial de que, en este momento, en Barcelona no se puede hacer arquitectura posmoderna.

—¿Por qué?

—Porque es políticamente incorrecto. Y Diagonal 1, el edificio del que me responsabilizo directamente, no tendrá nada de posmoderno.

—¿Qué tendrá?

—Espero que tenga algo de Tusquets. Un edificio que, respetando su lógica, aporte algo más.

—No se moja usted mucho.

—No puedo dar más pistas.

—A las vedetes de la arquitectura les trae sin cuidado la vivienda.

—Cierto. Y me preocupa. La vivienda colectiva fue importante para la arquitectura heroica del racionalismo y de la Bauhaus, pero ¿quién recuerda viviendas colectivas de Gehry, Foster, Moneo...?

—¿Nadie?

—No las hacen. Y es un tema fundamental, porque es el 90% de la arquitectura que se hace.

—Les interesa más la cosa faraónica.

—También lo intentó Gaudí con la Pedrera, y es un edificio de vivienda colectiva.

—¿Usted trabaja para pasar a la posteridad?

—Gabriel García Márquez me copió una frase cuando él vivía en Barcelona: “Todo lo hago para que mis amigos me quieran más”. He acabado un libro, que saldrá en octubre...

—Titulado Dios lo ve.

—Exacto. Y ahora diría que todo lo hago para que me quieran más o porque Dios lo ve.

—Le tenía por ateo

—Yo también me tenía por ateo. Pero hay cosas en la vida que sólo se entienden si uno tiene la sensación de que Dios le está viendo... Dado el resultado que está obteniendo el arte agnóstico, quizá sea mejor hacer ver que Dios existe a ver si el arte es más divertido.

—Creía que para un arquitecto Dios era una promotora.

—No. Dios es otra cosa. Es aquella presencia que te hace insistir en actos que piensas que no serán agradecidos a lo largo de tu vida.

—Su maestro, Dalí, siguió un camino similar.

—Sí. Dalí, que trabajaba para divertirse, al final pensó en cómo quería despedirse de los amigos.

—¿La ciudad que hay es la que quería?

—Quizá es más *exciting* Nueva York, o más históricamente relevante Roma, pero Barcelona es una ciudad fantástica para vivir.

—Las metrópolis cada vez se parecen más.

—Yo estoy en contra de la globalización artística. Cuando hago un edificio o un monumento siempre está ligado al espacio al que va destinado.

—¿Qué es lo peor que le han hecho a Barcelona?

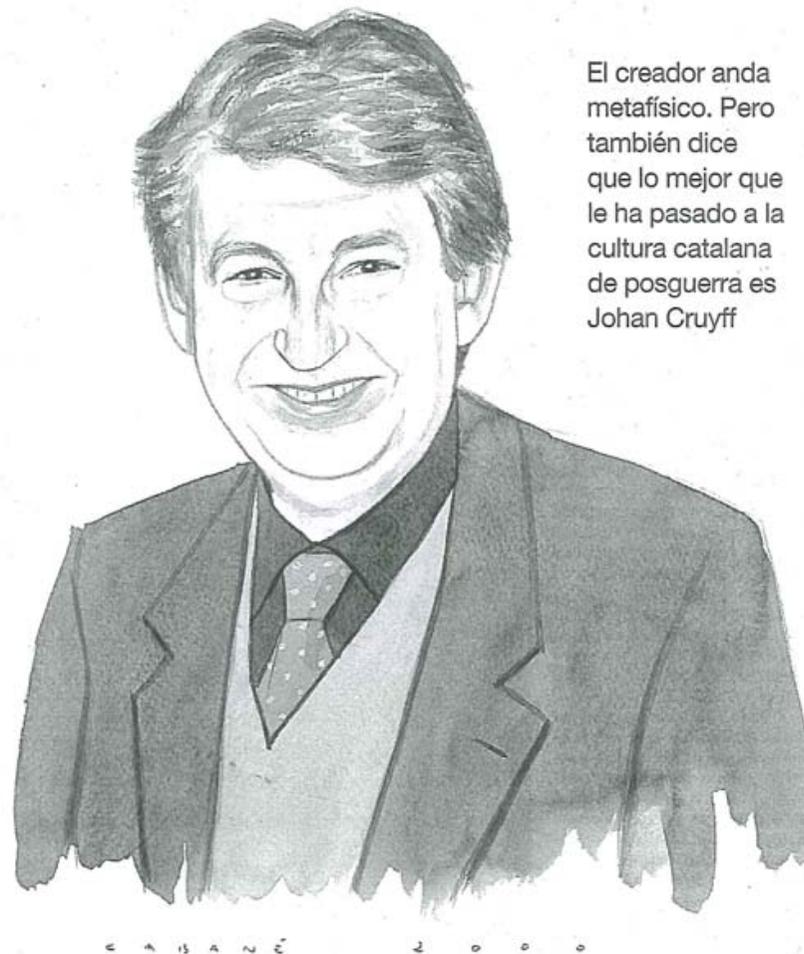
—Mitificar es mucho mejor, y mucho más difícil, que desmitificar. Me horrorizan esos concursos de la mujer peor vestida... Seguro que hay una mujer que vive en un pueblito de Ontario que viste peor que Daryl Hannah, que es la que siempre gana.

—Mitifique, pues.

—Gaudí y los árboles de las calles.

—Y su futuro rascacielos.

—(Ríe) Yo lo defiendo. Insistí a los promotores que no había tradición de vivir en una planta 20 porque no había plantas 20...



El creador anda metafísico. Pero también dice que lo mejor que le ha pasado a la cultura catalana de posguerra es Johan Cruyff

—Barcelona tiene alergia a las alturas. ¿Complejo de inferioridad?

—No. Yo creo que en esa zona tan alejada del Casc Antic y del Eixample puede haber unas torres, siempre apoyadas en un parque inmenso, desde las que se vea el mar.

—A usted le gusta subir, las escaleras que ascienden...

—He hecho un homenaje a la escalera, que podría concretarse en una exposición en el Centro de Cultura Contemporánea... Pero hay escaleras que suben al paraíso y otras que bajan al infierno...

—¿Ha estado en ambos lados?

—Sí. Cuando he bajado al infierno —y eso me ha pasado más de mayor, porque de joven he sido un privilegiado— he sentido horror. A medida que enve-

jeces se va muriendo más gente querida...

—¿Y se pierde el entusiasmo?

—Es el gran peligro de envejecer, sí. Yo lucho cada día para que no me pase.

—Una curiosidad. ¿Quién ganará la presidencia del Barça?

—Estoy muy decepcionado. Muy triste.

—¿Pero si se va Núñez!

—Me temo que nos quedarán 22 años más de lo mismo... Si es así, me parece que me haré del Espanyol. Y le diré una cosa muy gorda...

—Diga, diga.

—Lo mejor que le ha pasado al Barça en su historia y lo mejor que le ha pasado a la cultura catalana de posguerra es Johan Cruyff. Todo lo que no sea a partir de este principio no me hace *trempar*.